

INTRODUCCIÓN

Kasir Ould Bachir Ainur, el guía extraviado, es hombre alentado de espíritus eternos. Estigmas grabados con experiencias transpiran serenos por su piel.

Experto en travesías del desierto. Perito en nubes y silencios, frota polvo con estrellas, cegando miradas atónitas de niebla seca, que arruga los gestos y deja la lengua bruñida de fulgores. Diestro en detener la noche y el día para encontrar rutas exactas sin perderse aunque extraviado en una inhóspita pero deslumbrante supervivencia.

Llega un grupo de turistas, a veces desconocidos entre sí, y se dejan sumergir en el océano de arena, dispuestos al juego de descubrir, caminando por el corazón del desierto, su propia razón de ser; nomadeando la ruta trazada por el sentido de su vida. Por su destino.

Ni siquiera saben que su equipaje no es lo que traen ni lo que se llevan sino el descubrimiento de la magia de aprender a silenciarse en el cuerpo del universo.

En el trayecto, hendirán surcos para encontrar la estela de sus certezas. La savia.

Porque ningún instante desaparece hasta constatar que nos ha enseñado lo que necesitamos saber.

Luego, se evapora sin dejar rastro más allá de nuestra misma averiguación.

A través de la arena, se filtra la existencia.



Viajan las nubes

Viajan las nubes
rumbo a ningún lugar
sin equipaje.



En el desierto, las personas, como las nubes, se vuelven inefables.

Es la belleza de lo inefable lo que cautiva el alma del viajero.

Las corrientes de la bahía de La Estrella provocan estas emociones desde sus formas de golondrinas húmedas, como las que planean sobre el Tajo, con las gotas enganchadas en las alas.

Sus mismos contornos, sus mismos alientos, preguntándose en qué rincón del alma se guardan y se velan los instantes.

Kasir es un guía en el desierto sahariano; sin pensamientos, sin juicios, sin tiempo. Quizá porque el tiempo no existe sino como transparencia leve.

Ni siquiera sabe qué hace aquí...

Su empeño no es construir anhelos ni dibujar recuerdos fútiles. Estar es el afán. Y constatarlo.

Llegan los viajeros con sus equipajes de concepciones y proyectos, ignorando que el desierto no analiza ni distingue entre lo idílico, lo vulgar, lo incierto y lo evidente.

Pero tampoco permite que nadie se vaya sin aprender lo esencial: que quien ama sobre la arena ama en el universo.

Hoy es el día más importante de su vida, porque va a encontrarse con sus amigos Brahim Ould Ahmed Mahmoud y Bachir Hamma Bachir en su campamento nómada.

Y porque es hoy. Sólo eso. Nada menos.

Lo esperan con sus familias, como cada día, sin saber cuándo llegará, pero sí que llegará. Porque cuando aguardas sobre la arena, la espera es eterna inminencia en el alma.



Busca un oasis

En las arrugas,
la víbora sedienta
busca un oasis.



Hay mares de dunas que invitan a observar los límites de lo infinito, a desnudar la intuición y a abandonarse a otras formas...

Eso quiso hacer el viajero. Y salió a pasear...

El guía perdió su figura cuando, sentado sobre una duna, se quedó dormido. En ese sueño, desapareció.

Fue a buscarlo al atardecer porque el guía sabe que los crepúsculos son amaneceres veloces para otras vidas.

Unos metros antes de llegar, vio otras huellas...

Sintió inquietud, un escalofrío.

Se movió para recibir la brisa de cara.

Él seguía dormido, perlado de sudor el rostro. Gotas de vida sorbidas con ansia por la víbora quieta.

El universo detenido ante la amenaza.

Viento, latidos, arena y turbación jugaban sus cartas de supervivencia.

Despertó el viajero, acaso sobresaltado por la presencia grave del guía.

La huella ondulada desaparecía bajo la arena. Engullida. Sin rastro.

-He tenido un sueño -dijo- Una sensación de espuma, bajo un torrente de agua, refrescaba mi rostro y se evaporaba en mutismo pálido...

Escribió la vivencia en su diario, mientras se acariciaba la mejilla.

Viento, latidos, arena, turbación.

Y huellas invisibles de espuma blanca. De espuma blanca. De espuma blanca.



Melainine

Constelaciones.
Anhelo y fuego envuelven
un mismo abrazo.



Melainine es una criatura fieramente humana que arraiga en el corazón a fuerza de sigilo y ecos del desierto.

Es un tuareg llegado de Tombuctú, del Sáhara profundo -que lo profundo no es lo inhóspito sino lo mágico...-; de ese espacio donde la sobriedad y la quietud hollan el aire; donde la serenidad es ilimitada; donde el abandono es la sutil revelación del encuentro con lo divino...

De paso por su zona de pastoreo, desvió el guía su rumbo para darle un abrazo.

Habla poco Melainine; muy poco...

Días y días sin escucharse, con la serenidad de sentirse en paz consigo mismo, en armonía sin fisuras con la naturaleza, donde la mente no tiene opciones.

Los viajeros, provistos de objetos innecesarios, se sorprenden de la sobriedad del nómada.

Periódicamente, necesita productos esenciales para subsistir: harina, legumbres, té, azúcar...

Se aproxima, entonces, a alguno de los pozos, cerca de la pista que atraviesa El Azzeffal, y espera que pase algún vehículo. Le dice a la persona que marque el número de Ahmed Boubacar, el propietario del rebaño... Una palabra, "pastor", es suficiente... En dos días tendrá lo necesario.

Los camellos leen su mirada. La comprenden.

Los viajeros, cada noche, apagan las luces... Él las enciende...

Zoraya, la constelación de su corazón, lo espera, lo orienta, lo ama y lo escucha...

Las siete estrellas divinas son sus musas, sus hijas, sus amantes misteriosas, su refugio, el cofre de unos deseos insondables... Nuestras Pléyades... Y él, Atlas, el titán.

Reposa Melainine mientras Irifi, el gran macho, pone orden en el rebaño...

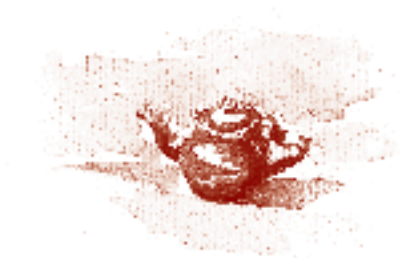


La mirada del nómada

Mirada larga.

Infinito horizonte.

Alguien se acerca.



La mirada del nómada no tiene confín... Su vista es ilimitada.

Advierte movimiento en dimensiones y distancias inaccesibles para el viajero, habitante del vértigo, ajeno a la quietud de la inmensidad, prisionero de la inmediatez.

Su sentido de la distancia cambia con las horas y la luz; con el viento y la calma. Facultad única que permite percibir sombras e intuir objetos cuya lenta aproximación carece de deseos e intenciones.

Lee el horizonte, sin más... Dice: "los camellos están allí..." o "llega un vehículo..." mientras el viajero y su reloj se cansan y se desesperan de impaciencia.

Cuando el horizonte regresa al silencio, como un signo más en el firmamento, se advierte su mirada perdida en espacios sin lindes, surca rutas de latidos respirando la certeza de sentirse vibrar en otros corazones.

Itinerarios circulares cuyo sentido es el destino de instantes infinitos... ¿Qué es el desierto, sino el lugar del instante infinito, de los instantes sin olvido ni memoria?

Hay viajeros que ven donde no hay nada que ver, -el vacío es algo más serio-, aproximándose a la piel del pensamiento absurdo; y viajeros que sienten lo que otros nunca percibirán.

Los cortos de vista inventaron las suposiciones, dicen.

El nómada, mientras, hace té para dos, porque nunca está solo, porque conoce el sonido del silencio y observa; consciente de que le acompaña la pura eternidad de cuanto ama, como reza el libro sagrado.



Abdallahi

Sol sin distancia.
Se conectan las almas
en el crepúsculo.



El año pasado, un viajero regaló a Abdallahi una radio multifrecuencia, de esas desde las que se escucha lo insospechado: voces del mundo, latidos que hablan, incluso músicas en armonía con la cromática del crepúsculo.

Y así, cada día, cada tarde, toda la familia se reúne, desplegadas las esteras sobre la arena, para escuchar las noticias, siempre frescas, que llegan desde todos los puntos del horizonte circular.

Con la puntualidad certera de la costumbre, llega Abba, cuyo campamento no está lejos, sobre su bestia dócil, leal, cómplice de tantos trasiegos.

Abba y Abdallahi tienen hermanos en Francia... Sintonizan radio París Internacional. Nadie sabe una sola palabra de francés; da igual, todos escuchan atentamente porque la sintonía es perfecta y porque saben que sus hermanos saben de la mutua escucha desde el universo de arena...

La mejor noticia es el silencioso amor fraterno conectándose quién sabe dónde... Porque son... Porque están... Porque se sienten... Porque existen... Porque se aman...

Al otro lado de ninguna parte, las miradas de los hermanos se funden en sensaciones profundas con sus latidos infinitos.

Llega la publicidad de cosas inaccesibles. Se desconectan las ondas pero nunca la energía que engrana las almas.

Es hora de volver a la jaima. ¡Hasta mañana!

La brisa fresca de la noche endurece la superficie de la arena.

Al amanecer, los primeros pasos suenan diferentes.

¿Qué es antes? ¿El atardecer o el amanecer?

¿Acaso importa?

Las sensaciones no resucitan porque nunca mueren; porque son suspiros del universo tallados en el corazón de los hermanos.

Semeter

Sabiduría
navegando en el límite
de lo sublime.



Semeter es uno en todo.

Agua, viento, firmamento y arena en uno solo.

La armonía mágica del desierto.

Los viajeros no conocen su voz.

El discurso de su mirada es suficiente.

Tan hospitalario.

Tan misterioso.

Camina sobre el relámpago que separa el desierto, las nubes y el mar.

Llegan a Teichitt, en la costa atlántica.

Comerán pescado fresco. Más pescado; y pescado seco y harina de pescado.

No hay agua ni sueños dulces.

Dos mundos. Una sola miseria.

Aislados en la soledad misma.

Nacen, aman, crecen y mueren al borde del mar, al borde del desierto.

En el límite siempre.

Semeter enseña a los niños los perfiles de las dunas para conocer los vientos; las huellas de las olas para conocer las mareas; el brillo de la Vía Láctea, su Al Muharra, para dirigir el sentido de los sueños.

Y también a pescar entre delfines.

Semeter tiene más amigos delfines que humanos.

Es un hombre bueno, sin ataduras, indiferente, sigiloso. Mágico.

Porque convierte lo sencillo en sublime.



Brasas y sueños

Brasas aladas.

Hoguera de candelas

incandescentes.



Los viajeros duermen arropados por el manto inmenso de estrellas.

El guía nunca apaga el fuego, no fuerza las lumbres, espera hasta el final porque sabe que las respuestas son lo incandescente.

Sólo ellas deciden cuándo apagarse.

En Igdaim, el espacio preferido del guía, siempre vibran porque van con él.

Entre las brasas, dialoga con su ángel.

El que lo comprende porque existía antes de la gota de protoplasma...

El que lo esperaba en el callejón del naranjo a la luz del espadero y la bailarina.

El que dibuja su amor con el aliento silente de su ser.

Ambos saben que una circunferencia puede no ser redonda siempre y que un eclipse de luna equivoca a las flores y adelanta el reloj de los pájaros.

No todos están preparados para esos sentires profundos, eternos.

Soplo sutil que nunca extingue el fuego porque la leña que lo nutre es del árbol de la vida.

Si hay mañana, ahí está él. O no. Porque quizá no exista; acaso sea una ilusión confusa de la transparencia.

Los dos se miran, sorprendidos; se tocan sin rozarse y descubren la verdad única: la transparencia refleja un solo rostro; la sutileza de las alas es el viento suave del callejón del naranjo bajo el manto inmenso y cóncavo del firmamento prendiendo una hoguera de candelas.

Las brasas esperan, sin embargo.



Sidi Boubacar

En la tormenta,
cuando la sed apremia
es grato el té.



Sidi Boubacar es un anciano, amigo antiguo de Kasir Ainur, que vive en el campamento nómada cerca de Oued Chebkha.

La tormenta de arena impedía salir de la jaima, contratiempo tedioso para los viajeros sin experiencia en tiempos detenidos.

Escriben diarios, conversan, planifican viajes futuros.

Sidi, mientras prepara té, habla con la serenidad de quien no necesita juzgar ni juzgarse.

Le dijo Kasir que el viento, borrando las huellas del caminante, es una imagen atractiva del desierto para quien no desconoce el absurdo del rencor.

Él sonrió, como si compartiera la reflexión.

Luego le preguntó por qué siempre, cuando termina su oración hacia el este, orienta su cuerpo hacia otro lado. Le respondió que, hacía años, alguien especial para él partió en esa dirección.

Desde entonces, habla con el viento, que le cuenta sobre el alma del ausente, siempre en él.

Y añadió: “El viento no borra las huellas, las oculta... Quien se va sin despedida pierde el camino de regreso porque olvida perdonarse”.



Lluvia de anhelos

Camello y nómada.
Eclosiona el destino
en sus crisálidas.



Entre sol y sol, la lluvia.

Bachir dice que el desierto es un jardín portentoso para quien lo sabe descifrar.

Siempre latiendo en lo invisible.

Las lluvias de los últimos días brotan simientes enterradas en los años, esperando el momento.

El destino eclosiona.

Entre sol y sol, noche, agua, aire, tierra y luz recrean otras simientes nunca muertas, cantando, bailando y germinando en el firmamento.

El amor mata o te inmola, si no crees, si no creas por él, sintió.

Los camellos se anticipan al alba para encontrarse con dulces brotes tiernos. En la arena y fuera de ella.

El nómada disfruta el verde en sus paisajes; y sus deseos, también verdes, juegan a creerse tiempo, a crearse tiempo, como el amor, que no muere porque ya era eterno en el corazón de la duna; tan sólo cambia su forma al ritmo de los vientos, con sus destinos ocultos siempre escritos.

Y vendrán más camellos; y fluirá más vida; y florecerán más sueños.

Felicidad... Insha'allah... Si Dios quiere.

Cada día, rumbo al sol, unos; rumbo a la luz, otros. Rumbo a la esencia todos; acaso porque unos llevan a otros en el equipaje y alguien nos lleva a nosotros en la entraña de lo incierto. Por crear, por crear.

El alma, que todo lo gestiona, trama, mientras, hilos invisibles.

Que unen.

Brebaje mágico

Brebaje mágico.

Adereza emociones

y conexiones.



El té, para el nómada, es principio de todo.

Epílogo de todo también.

En medio, está la vida con sus cosas, hoy, entre té y té.

Cuando emerges en su horizonte sin tiempo, elige el cordero que va a sacrificar en tu honor, si es que existe una metáfora de la ofrenda.

Tu presencia, para él, confirma que la esperanza es certeza desnuda de sentidos, expresión anhelante del alma que llama sin voz -que la voz del alma es uno siendo en sí, sabiendo que, entre té y té, no hay ausencia-.

Sabe que llegarás... Nada desaira la paciencia de su corazón, espacio infinito que no entiende de espera porque, sencillamente, estás. Porque estar, ser, es vivir y volver del olvido.

Hoy, juntos, entre té y té, silencio, miradas, vibraciones...

Que el tiempo sólo es agua y el ser sólo lo sido.